

UN PROTOCOLO INFORMÁTICO PARA EL HOMBRE

por Francisco-Manuel Nácher

Antes de existir Internet, cada cual tenía su ordenador, personal o de empresa, y actuaba con él con arreglo a sus necesidades. Cada uno, pues, utilizaba unos programas, unos aparatos y un contenido en sus archivos totalmente distintos y ello hacía que todos estuvieran permanentemente incomunicados entre sí.

Y entonces surgió el llamado Protocolo TCP/IP que fue como el “hágase la luz” de la informática.

¿Por qué? ¿Qué hizo este providencial Protocolo? Pues sencillamente, hizo que todos esos ordenadores tan heretogéneos, tan distintos entre sí, pudiesen conectarse y entenderse e intercambiar información y dar y recibir instrucciones y, en una palabra, convertirse en una red sin necesidad de cambiar nada de lo anterior. Ésa fue la clave de Internet, una autopista informática, por la cual podemos todos transitar comunicándonos con cualquiera que deseemos, en cualquier parte del mundo y a cualquier hora del día o de la noche.

Se ha elucubrado mucho sobre el parecido entre los ordenadores y el cerebro humano. De hecho, no cabe duda de que aquéllos pueden realizar operaciones atribuídas tradicionalmente al cerebro y hasta lo han superado inconmensurablemente en velocidad, en capacidad y en ausencia de errores. Sin embargo, no discurren. Y nunca discurrirán. Pero nos han facilitado la conquista de la naturaleza y sus leyes y han hecho posible la comunicación total: el que todos participemos de los conocimientos de los demás; el que podamos mantener una conversación, en tiempo real y viéndonos las caras, varios interlocutores situados en continentes distintos; el que se nos dé contemplar lo que desde cualquier satélite se ve en este momento; el que millones de usuarios podamos, a la vez, enviar y recibir la información que deseemos...

Pensando en todo esto, uno se plantea enseguida: ¿Nosotros no somos cada uno un ordenador especial, con características propias, con archivos exclusivos, con soportes diversos, pero todos con el

mismo cometido y, por tanto con las mismas funciones? Y, si eso es así, ¿no será posible un Protocolo como el TCP/IP, que permita que todos nos interconectemos y nos comprendamos y participemos de los conocimientos de los demás y pongamos los propios hallazgos a su disposición y sumemos nuestras actuaciones y desarrollemos exponencialmente nuestras potencialidades?

Pero, continuando con nuestra meditación, surge, espontánea, la respuesta. Ese Protocolo ya existe. Ha existido siempre. Y se llama Amor. Amor desinteresado. Amor inegoísta. O sea, AMOR.

* * *